

Esa municipalización la han aceptado sin restricciones los *trades-unions*, los representantes mundiales más caracterizados de las clases proletarias, y los socialistas franceses, aunque queriendo éstos que se haga exclusivamente en favor del proletariado, lo que no es justo realmente, puesto que si los gastos son sufragados por la sociedad entera, los beneficios deben también ser para todos.

Esa municipalización ha llegado ya á establecerse, encerrando en su seno casi todos los ramos de la actividad humana, en los Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Alemania y Francia; en unas partes ha construído y explota ferrocarriles, tranvías, automóviles, líneas de vapores; en otras ha establecido instituciones bancarias y de seguros; compra y explota minas de carbón, canteras; tierras para parcelarlas y arrendarlas después; construye viviendas baratas, suministra energías eléctricas, construye muebles y ropas, establece farmacias y tipografías, levanta fábricas para todas las industrias; en una palabra, abarca sin excepción todas las esferas conocidas del trabajo; no es ya aquella municipalización del principio, rudimentaria, de ensayo, que sólo se dedicaba al pan barato, á la luz barata, etc.; es ya como una atrevida fórmula integral que se impone por sus éxitos parciales cada vez más numerosos.

Claro es que ha tenido detractores. Lord Avebury en Inglaterra, espantado por el desarrollo que había tomado la municipalización, por las deudas exorbitantes cada vez mayores, del Municipio de Londres y de los Municipios más importantes de su país, ha escrito un libro ruidoso con estadísticas tendenciosas, diciendo que el *trust* de los Municipios ingleses constituía ya un po-